

Manuel ÁLVAREZ-VALDÉS Y VALDÉS, *Jovellanos: enigmas y certezas*. Prólogo de Gonzalo Anes, Gijón, Fundación Alvargonzález y Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2002. VIII + 585 págs. + ilustraciones.

Jovellanos, no cabe duda, ha sido y sigue siendo una de las personalidades que más ha llamado la atención de historiadores, de eruditos, de apasionados, preferentemente asturianos (él fue muy y sanamente asturiano), que se han acercado a él con tantas miradas y tantas interpretaciones como eran de esperar al fijarse en la vida, en la obra, en los empeños, en las ilusiones, en los fracasos de quien fuera tan poliédrico y no tardará en convertirse en símbolo de la ilustración española más coherente. El libro de Manuel Álvarez-Valdés y Valdés, con prólogo de Gonzalo Anes, es una muestra y un testigo de que, a pesar de disponer de tantos estudios, Jovellanos no cesa de reclamar la atención de los historiadores, que no acaban de dilucidar tantas zonas oscuras o, al menos, discutibles como se perciben todavía.

Manuel Álvarez-Valdés y Valdés ofrece este libro voluminoso, que cautiva por su sencillez, por el mucho trabajo que supone, por la documentación de que se arma (los *Diarios* y las *Cartas* se desmenuzan) y por el arrojo acompañado de la humildad que respira. Confiesa su peregrinación personal, desde su niñez en Gijón admiradora de su gloria, hacia el encuentro con Jovellanos, las carencias de los años cuarenta del siglo xx, los libros tan desiguales que le abrieron el camino, los materiales y abundancia disponibles en los últimos treinta años. Y pertrechado con todo este bagaje, y con muchas ganas de llegar a la realidad histórica, ofrece una obra como ésta, que —lo deja muy claro— no es una hagiografía ni quiere ser otra biografía, sino el fruto de su investigación y de la reflexión personal sobre determinados problemas no resueltos o no planteados aún, o cuestionablemente resueltos, en la vida, en el pensamiento político, en las actitudes religiosas de Jovellanos, cuestiones que en su mayor parte ha tenido que abordar en conferencias, en escritos y en congresos recientes.

No se anda con miramientos a la hora de discutir tesis asentadas por los más cualificados «jovellanistas», tratados, eso sí, con el mayor de los respetos y con mucha elegancia. De esta suerte, y como claves de lectura de las páginas de Álvarez-Valdés y Valdés, se van contradiciendo posiciones de Julián Marías que sitúa en los cielos de lo angelical a Jovellanos, que tuvo sus limitaciones humanas ampliamente expuestas; no se admite la visión que proyecta Caso González de un Jovellanos anacrónicamente demócrata, mucho menos la republicana

de Fernández Álvarez, ni la personalidad acomodaticia que le atribuye Elizalde, ni está de acuerdo con Seco Serrano que quiere exonerar a Godoy de su responsabilidad en las desgracias ni con quienes han cuestionado lo que para el autor resulta incuestionable en Jovellanos: el sentimiento religioso, la ortodoxia, el patriotismo y la devoción monárquica.

El libro se enfrenta, de entrada, con las zonas oscuras, «los enigmas», que Jovellanos se encarga de insinuar pero no de resolver «dada su idiosincrasia reservada, pudorosa y hasta envuelta en el misterio» (pág. 86), como fueron sus relaciones sentimentales, el hijo supuesto, los hilos de su nombramiento como embajador en Rusia, como ministro de Gracia y Justicia, las incoherencias en el problema de los mayorazgos. Culpa a Godoy de su parte en la exoneración y de la prisión inclemente y está convencido del intento de envenenamiento de que fue víctima en la Corte, algo que, a pesar de los esfuerzos denodados por parte del autor, sigue siendo más que discutible a nuestro parecer. Y se detiene en el análisis de la «psicología» de Jovellanos, reflejada en los cambios de su relación cambiante con Campomanes (estaba la defensa de Cabarrús por medio), en celotipias con Martínez Marina.

La segunda parte se detiene en las certezas. Y la primera de las certidumbres, para el autor, es la de su pensamiento político, que trata de situar en el contexto, y que revela a Jovellanos como innovador al conceder ciertos poderes legislativos a las Cortes pero no como demócrata, a pesar de Caso González, ni mucho menos como el cómodo «servil absolutista» que le hace Elizalde. Como la referencia para ello es la Memoria en defensa de la Junta Central, a su estudio y sus circunstancias dedica amplias páginas el autor. Su análisis de la postura de Jovellanos ante Carlos IV y la reina María Luisa confirma en la práctica estas ideas que le llevan a eximir de culpas a los reyes y atribuir las al mal gobierno, a la corte, muy de acuerdo con su monarquismo ferviente. Dentro de las certidumbres se incluyen los capítulos amplios y bien informados (está al tanto de las tesis de Nidia A. Díaz, de Fernández de la Cigoña) acerca de la ortodoxia y de la piedad de Jovellanos, con su religiosidad ilustrada, no jansenista y sin posibles relaciones con la masonería, a la que alguien le adscribiera.

El tercer bloque está integrado por capítulos que se corresponden con conferencias que el autor pronunció en lugares y en ocasiones relacionados con su contenido. A esta circunstancia obedece el espacio que se dedica a las relaciones que con Jovellanos mantuvieron tres clérigos que oficiaron en Cataluña, en buena parte promovidos por él: el fiel y comprometido obispo de Barcelona, Pedro Díaz de Valdés; el querido canónigo de Tarragona Carlos González de Posada, «Posidonio»; el ambiguo e indiferente ante la tragedia, el arzobispo de Tarragona, Mon y Velarde. Aunque haya aparecido en páginas anteriores, algo ine-

vitable, las actitudes de Godoy en la ascensión, destierros y prisión de Jovellanos fueron expuestas por el autor en el congreso organizado en Badajoz en el 150 aniversario del «valido», culpable de todo para Álvarez-Valdés, que aplaza su habitual tono sosegado para calificar la prisión mallorquina de «delito continuado» de Godoy, en clara oposición a Seco Serrano y con claridades que quizá no se deduzcan de la amplia documentación epistolar que maneja y ofrece. También es el trasunto de otra conferencia el estudio amplio que ofrece de las gratísimas estancias de Jovellanos en la Alcarria, en Trillo y en Jadraque, para reponerse de la exoneración del Ministerio y de sus achaques constantes (se vuelve a hablar del envenenamiento) en 1798, y más tarde, en 1808, cuando abandona la prisión y se aloja en la casa de Arias de Saavedra. Fue éste un buen tiempo para él y crítico para su patria. Solicitado por los afrancesados, por el propio rey francés, no cabe dudar de su patriotismo, como puede verse fehacientemente, dice el autor, en los hechos, en sus cartas, en su Diario: «De la interpretación desapasionada de todo ello, no se puede afirmar que Jovellanos haya alimentado una sola vez, ni como simple posibilidad, la de apuntarse al bando francés» (pág. 438).

La obra se cierra con útiles árboles genealógicos, con transcripción de documentos y con una buena muestra de ilustraciones, lo que contribuye a la lectura grata de estas páginas, escritas por quien no es historiador de profesión pero que se ha sumergido en buenas fuentes con la mejor intención de aclarar algunas de las dimensiones de una personalidad tan decisiva como fue la de Jovellanos. Es muy posible, es casi seguro, que no a todos convencerán algunas de las tesis que hemos tratado de sintetizar. El propio Álvarez-Valdés lo sabe. Sea como sea, hay que agradecerle este buen libro jovellanista incitante, que hace reflexionar y elaborado con mucho trabajo y con evidente sinceridad.

TEÓFANES EGIDO